

LA VIDA, EL FUNERAL Y EL EPITAFIO DEL MALVADO

Volumen 1 – Sermón No. 200

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 13 DE JUNIO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Asimismo he visto a los inicuos sepultados con honra;
más los que frecuentaban el lugar santo fueron luego puestos en olvido
en la ciudad donde habían actuado con rectitud. Esto también es vanidad.”
Eclesiastés 8:10***

Es bastante seguro que existen inmensos beneficios, en asistir a nuestro actual modo de entierro en cementerios fuera de la ciudad. Ya era hora de que los muertos fueran removidos de en medio de los vivos, que no debemos adorar en medio de los cadáveres, y sentarnos en la casa del Señor en día de reposo, respirando el olor nocivo de los cuerpos en descomposición, pero cuando hemos dicho esto, debemos recordar que hay algunas ventajas que hemos perdido por el traslado de los muertos, y más especialmente por el modo de entierro al por mayor, que ahora parece muy probable que se generalice.

No nos encontramos tan a menudo con la multitud de muertos en medio de nuestras atestadas ciudades. A veces vemos el coche fúnebre que lleva los restos de los hombres a sus últimos hogares, pero las ceremonias fúnebres, ahora se limitan principalmente a esos dulces lugares para dormir más allá de nuestros paseos, donde descansan los cuerpos de aquellos que son muy queridos para nosotros. Ahora creo que la vista de un funeral es algo muy saludable para el alma. Cualquier daño que pueda sufrir el cuerpo al caminar a través de la bóveda y la catacumba, el alma puede encontrar allí mucho alimento para la contemplación y mucho material para el pensamiento.

En las grandes aldeas, donde algunos de nosotros solíamos morar, recordamos cómo cuando llegaba el funeral de vez en cuando, el repique de la campana predicaba a todos los aldeanos un sermón mejor que el que habían oído en la Iglesia durante muchos días. Y recordamos cómo, de niños, solíamos agruparnos alrededor de la tumba y mirar lo que no era un suceso tan frecuente en medio de una población rara y escasa. Y recordamos los pensamientos solemnes que solían surgir, incluso en nuestros jóvenes corazones cuando oíamos las palabras pronunciadas: “Tierra a tierra, ceniza a ceniza, polvo a polvo”.

La caída solemne de los pocos granos de ceniza sobre la tapa del ataúd fue la siembra de una buena semilla en nuestros corazones.

Y después, cuando en nuestro juego infantil trepamos por encima de esas tumbas cubiertas de ortigas y nos sentamos sobre esas lápidas llenas de musgo, la fría y sorda lengua de la muerte, nos ha predicado muchas lecciones, más elocuentes que cualquier cosa que hayamos oído de labios de un hombre vivo, y es más probable que permanezca con nosotros durante muchos años, pero ahora vemos poco de la muerte. Hemos cumplido el deseo de Abraham más allá de lo que él deseaba, "sepultamos a los muertos delante de nosotros". Es raro que los veamos y un extraño que pase por nuestras calles podría decir: "¿Estos viven siempre? Porque no veo funerales entre los millones de esta ciudad, no veo señales de muerte".

Esta mañana queremos que, en primer lugar, acompañes a un hombre vivo. Se dice de él que "frecuentaba el lugar santo". A continuación, quiero que asistas a su funeral. Y luego, en conclusión, les pediré que me ayuden a escribir su epitafio, "fueron luego puestos en olvido en la ciudad donde habían actuado con rectitud. Esto también es vanidad".

En primer lugar, AQUÍ HAY UNA BUENA COMPAÑÍA PARA TI. Algunos con los que puedes caminar a la Casa de Dios, porque se dice de ellos que frecuentaban el lugar del santo. Por esto creo que podemos entender el lugar donde los justos se reúnen para adorar a Dios. La Casa de Dios puede llamarse "el lugar del santo". Aun así, si nos limitamos estrictamente al hebreo, y a la conexión, parece que por "lugar del santo" se entiende el tribunal, el lugar donde el magistrado imparte justicia. Y, ¡ay!, hay algunos malvados que van y vienen incluso al lugar del juicio, para juzgar a sus compañeros pecadores. Y podemos considerarlo con igual propiedad en un tercer sentido, para representar el púlpito que debería ser "el lugar del santo", pero hemos visto a los impíos frecuentar el púlpito, aunque Dios nunca les había mandado declarar Sus estatutos.

En primer lugar, tomaremos esto como representando la Casa de Dios. Qué espectáculo es ver las grandes multitudes que suben al santuario del Señor. Estoy seguro de que, al ver las multitudes que se acercaban a la Casa de Dios, debe haber habido un estremecimiento peculiar de gozo en nuestros corazones. Nos recuerda la antigua reunión en el templo de Sión cuando subían las tribus, las tribus del Señor, para adorar en el santuario de Dios. Oh, es un espectáculo noble cuando con gozo y alegría vemos a los jóvenes y los ancianos, los canosos y los niños, todos ellos avanzando en una multitud ansiosa por adorar al Señor de los Ejércitos y escuchar la voz de Su oráculo sagrado. Pero su placer debe tener una gran cantidad de aleación si se detiene por un momento y disecciona la congregación.

Separa la hermosa masa en pedazos, en un montón brilla como el oro. Tira a un lado los hilos y, ¡ay!, verás que hay algunos que no están hechos del metal precioso, porque "hemos

visto frecuentar el lugar santo". Reunidos en esta multitud esta mañana tenemos aquí hombres y mujeres que casi profanan el lugar en que se encuentran. La juerga de anoche ha dejado huella en sus rostros. Tenemos otros que, antes de que termine este día, estarán maldiciendo a Dios en la casa de Satanás. Hay muchos que se encuentran aquí que durante esta semana que han estado gastando su tiempo en mentir, engañar y estafar en medio de sus negocios.

No dudo que haya algunos aquí, que se hayan aprovechado de sus semejantes de la mejor manera posible, y si no han caído en las garras de la ley, ciertamente no ha sido su culpa. También tenemos, no lo dudo, en tal multitud, sí, puedo hablar con confianza, tenemos personas aquí que, durante la semana pasada y en otras ocasiones, se han contaminado con pecados que no mencionaremos, porque fueron una vergüenza para nosotros hablar de las cosas que ellos hacen en secreto. Poco sabemos cuando miramos aquí desde este púlpito, parece un gran campo de flores, hermoso a la vista, cuántas raíces de beleño mortal y belladona nociva crecen aquí. Y aunque todos ustedes se ven hermosos y fértiles, sin embargo, "He visto a los impíos frecuentar el lugar santo".

¿Tomamos simplemente el brazo del malvado y caminamos con él a la Casa de Dios? Cuando comience a ir, si es alguien que ha descuidado ir en su infancia, lo cual quizás no sea muy probable, cuando comience a ir incluso en su infancia, o cada vez que decida mencionarlo, notará que no suele ir afectados por el sonido del ministerio. Sube a la Capilla con ligereza y alegría, acude a él como lo haría a un teatro o a cualquier otro lugar de diversión, como una forma de pasar el día de reposo y matar el tiempo.

Alegremente tropieza allí, pero he visto al malvado, cuando se fue, se veía muy diferente de lo que tenía cuando entró. Sus plumas habían sido arrastradas por el polvo. Mientras camina a casa, ya no hay frivolidad ni ligereza, porque dice: "Ciertamente el Señor Dios ha estado en ese lugar y me he visto obligado a temblar. Fui a burlarme, pero me veo obligado, al irme, a confesar que hay un poder en la religión y que los servicios de la Casa de Dios no son todos aburridos después de todo". Quizá has esperado bien de este hombre. Pero, ¡ay!, lo olvidó todo y desechó todas sus impresiones. Y vino de nuevo el próximo domingo y esa vez volvió a sentir. De nuevo la flecha del Señor pareció clavarse en su corazón. Pero, ¡ay!, fue como el torrente de agua. Hubo una marca por un momento, pero su corazón pronto se recuperó, no sintió el golpe, y en cuanto a persuadirlo a la salvación, él, como la víbora sorda, "por más hábil que el encantador sea", no nos consideraría como para apartarse de sus caminos.

Y lo he visto ir y venir hasta que los años han pasado por encima de su cabeza, y todavía ha ocupado su asiento y el ministro todavía está predicando, pero en su caso predicando en vano. Todavía están las lágrimas de misericordia fluyendo por él. Todavía se lanzan contra él los truenos de la justicia, pero él permanece tal como era. En él no hay cambio excepto esto,

que ahora se vuelve duro e insensible. Ahora no lo oyes decir que tiembla bajo la Palabra. Es como un caballo que ha estado en la batalla, no teme el ruido del tambor ni el balanceo del humo, y no se preocupa por el estruendo del cañón. Se acerca, escucha una advertencia fiel y dice: "¿Qué hay de eso? Esto es para los malvados".

Oye una invitación afectuosa y dice: "Sigue tu camino, cuando tenga una temporada más conveniente enviaré por ti". Y así viene y sube a la Casa de Dios y vuelve. Como la puerta sobre sus bisagras, él se convierte hoy en el santuario, y mañana sale de él, "él frecuenta el lugar santo". Puede ser, sin embargo, que vaya aún más lejos. Casi persuadido de ser cristiano por algún sermón de Pablo, tiembla a sus pies, cree que realmente se arrepiente, se une a la Iglesia cristiana, hace profesión de religión, pero, ¡ay!, su corazón nunca ha cambiado. La puerca está lavada, pero sigue siendo la puerca. El perro ha expulsado su vómito, pero su naturaleza canina es la misma. El etíope está vestido con una túnica blanca, pero no ha cambiado de piel. El leopardo ha sido cubierto por todas partes, pero no ha lavado sus manchas, es el mismo de siempre. Va a la piscina bautismal un negro pecador y sale igual, va a la Mesa del Señor como un engañador, come el pan y bebe el vino y vuelve igual. Sacramento tras Sacramento fallece. La Sagrada Eucaristía se parte en su presencia, él la recibe, pero viene y se va, porque no la recibe con amor. Es un extraño a la piedad vital, como un hombre impío "viene y se va del lugar del santo".

Pero, ¿no es algo maravilloso que los hombres sean capaces de hacer esto? A veces he oído a un predicador exponer tan seriamente el asunto de la salvación ante los hombres, que he dicho: "Ciertamente ellos deben ver esto". Lo he oído suplicar como si suplicara por su propia vida y he dicho: "Seguramente deben sentir esto". Y me he vuelto y he visto el pañuelo con el que se secó la lágrima, y he dicho: "El bien debe seguir a esto". Has traído a tus propios amigos bajo el sonido de la Palabra, y has orado todo el sermón para que la flecha alcance el blanco y penetre en el centro de la marca, y te dijiste: "Qué discurso tan apropiado". Aun así, seguiste orando y te alegraste de ver que había algo de emoción, dijiste: "Oh, tocará su corazón por fin".

Pero no es extraño que, aunque cortejado por el amor Divino, el hombre no se derrita. Aunque azotados por los terribles rayos del Sinaí, no temblarán. Sí, aunque Cristo mismo, encarnado en la carne, predicara de nuevo, no lo considerarían, y tal vez lo tratarían hoy como lo hicieron sus padres ayer, cuando lo arrastraron fuera de la ciudad, y lo habrían arrojado de cabeza de la cima del monte sobre el que se construyó la ciudad.

He visto a los impíos frecuentar el lugar santo, hasta que su conciencia fue cauterizada como con un hierro candente. Lo he visto ir y venir del lugar del santuario, hasta que se volvió más duro que la muela de abajo, hasta que ya no podía sentirlo, entregado "a cometer toda clase de inmundicias con avaricia".

Pero ahora vamos a cambiar nuestro recorrido. En vez de ir a la Casa de Dios iremos por otro camino. He visto a los impíos ir al lugar del santo, es decir, al tribunal. Hemos tenido casos evidentes, incluso en el calendario criminal, de hombres que un día fueron vistos sentados en un banco de juicio, y en poco tiempo ellos mismos estaban parados en el banquillo de los acusados. Me he preguntado cuáles deben ser los sentimientos peculiares de un hombre que oficia como juez, sabiendo que el que juzga ha sido un infractor de la ley. Un hombre malvado, un hombre codicioso, lujurioso, borracho, ya sabes que tales son los que se encuentran entre los magistrados mezquinos.

Hemos conocido a estos sentarse y condenar al borracho, cuando, si el mundo hubiera sabido cómo se acostaron la noche anterior, habrían dicho de ellos: "tú que juzgas a otro, haces las mismas cosas contigo mismo". Ha habido casos conocidos de hombres que han condenado a un pobre desgraciado, por dispararle a un conejo o robar unos cuantos huevos de faisán, o algún crimen enorme como ese, y ellos mismos han estado robando las arcas del banco, malversando fondos en una medida inmensa y engañando a todo el mundo. Qué singulares deben sentirse. Uno pensaría que debe ser una emoción muy extraña la que pasa por un hombre, cuando ejecuta la ley sobre alguien sabiendo que debe ejecutarse sobre sí mismo.

Y, sin embargo, he visto a los impíos ir y venir del lugar santo, hasta que llegó a pensar que sus pecados no eran pecados, que los pobres debían ser severamente reprendidos por sus iniquidades, que lo que él llamaba las clases bajas debía mantenerse bajo control, no pensando que no hay ninguno tan bajo como los que condenan a los demás mientras ellos mismos hacen lo mismo. Hablando de controles y barreras, cuando ni el control ni la barrera le servían de nada, hablando de refrenar a otros y de juzgar con justo juicio, cuando se hubiera llevado a cabo el justo juicio al pie de la letra, él mismo habría sido el prisionero y no habría sido honrado con una comisión del gobierno. Ah, ¿no es un espectáculo que bien podemos contemplar, cuando vemos la justicia pervertida y la ley trastornada por hombres que "frecuentan el lugar santo"?

Pero el tercer caso es peor aún. "He visto a los impíos frecuentar el lugar santo", es decir, el púlpito. Si hay un lugar bajo el alto cielo más santo que otro, es el púlpito donde se predica el Evangelio. Este es el campo de batalla de la cristiandad. Aquí debe librarse la gran batalla entre la Iglesia de Cristo y las huestes invasoras de un mundo inicuo. Este es el último vestigio de algo sagrado que nos queda.

No tenemos altares ahora. Cristo es nuestro altar, pero todavía nos queda un púlpito, un lugar en el que, cuando un hombre entra, bien podría quitarse los zapatos de los pies, porque el lugar en el que esta de pie, es santo.

Consagrados por la presencia de un Salvador, establecidos por la claridad y la fuerza de la elocuencia de un Apóstol, preservados y sostenidos por la fidelidad y el fervor de una sucesión de evangelistas que, como estrellas, han marcado la época en que vivieron y la estamparon con sus nombres, el púlpito se transmite a los que ahora lo ocupamos con un prestigio de todo lo grande y santo.

Sin embargo, he visto a los impíos ir y venir a este. Ay, si hay un pecador que se endurece, es el hombre que peca y ocupa su púlpito. Hemos oído hablar de tal hombre que vive entregado a los pecados más inmundos y finalmente ha sido descubierto. Y, sin embargo, tal es la inmundicia de la humanidad, que cuando comenzó a predicar a la gente de nuevo, se agruparon alrededor de la bestia por el mero hecho de escuchar lo que les diría. Hemos conocido casos, también, donde los hombres, cuando fueron condenados en su propia frente, han perseverado descaradamente en proclamar un Evangelio que sus vidas negaron.

¡Y tal vez estos son los pecadores más difíciles de tratar! Pero si la vestidura es una vez profanada, dejad entonces todos los pensamientos del púlpito. Debe estar limpio el que sirve en el altar. Todo santo debe ser santo, pero el más santo de todos es el que busca servir a su Dios. Sin embargo, debemos llorar para decir que la Iglesia de Dios de vez en cuando ha tenido un sol que era negro en lugar de blanco, y una luna que era como un coágulo de sangre, en lugar de estar llena de rectitud y belleza.

Feliz la Iglesia cuando Dios le da ministros santos, pero desdichada la Iglesia donde presiden los malvados. Sin embargo, conozco ministros hasta el día de hoy que saben más sobre cañas de pescar que sobre capítulos de la Biblia, más sobre jaurías de zorros que sobre cazar las almas de los hombres. Entienden mucho más del manantial y de la red que de la red para atrapar almas, o de las fervientes exhortaciones para que los hombres huyan de la ira venidera. Conocemos a tales incluso ahora, aún escandalosos en la cena de un granjero, aún los más ruidosos para brindar y chocar el vaso, aún los más poderosos entre los poderosos, los temerarios, los salvajes y los disolutos. ¡Lástima de la Iglesia que todavía lo permite! Feliz el día en que todas esas personas sean expulsadas del púlpito. Entonces se presentará "claro como el sol, hermoso como la luna y terrible como un ejército con banderas". "He visto al impío frecuentar el lugar santo".

2. Y ahora VAMOS A SU FUNERAL. Querré que asistas. No es necesario que seas exigente con el uso de una banda en el sombrero o con ropas de luto. No es necesario para el miserable que vamos a enterrar. No hay necesidad de grandes signos externos de luto, porque él será olvidado incluso en la ciudad donde ha hecho esto, por lo tanto, no necesitamos llorar particularmente por él. Vayamos primero al funeral y veamos la ceremonia exterior. Supondremos uno o dos casos.

Hay un hombre que ha venido y se ha ido del lugar del santo. Ha hecho una profesión muy deslumbrante. Ha sido magistrado del condado. Ahora, ¿ves el revuelo que se hace acerca de sus pobres huesos? Está el coche fúnebre cubierto de plumas, y lo sigue una larga hilera de carruajes. La gente del campo mira fijamente al ver un tren tan largo de carruajes, que vienen a seguir a un pobre gusano a su lugar de descanso. ¡Qué pompa! ¡Qué grandeza! Mira cómo el lugar de culto está pintado de negro, parece haber un intenso luto por este hombre. ¿Podrías pensar en ello por un minuto y por quién están de luto?

¡Un hipócrita! ¿Para quién es toda esta pompa? Para uno que era un hombre malvado, un hombre que hizo una pretensión de religión, un hombre que juzgó a los demás y que debería haber sido condenado él mismo. Toda esta pompa por la arcilla putrefacta. ¿Y qué es más o mejor que eso? Cuando tal hombre muere, ¿no debería ser enterrado con el entierro de un asno? Que sea arrastrado y llevado desde las puertas de la ciudad. ¿Qué tiene que ver él con la pompa? A la cabeza de la lúgubre cabalgata está Belcebú, está al frente de la procesión, y mirando hacia atrás con ojos centelleantes y miradas lascivas de alegría maliciosa, dice: “¡Aquí hay una gran pompa para conducir un alma al Infierno!” ¡Ah, plumas y coche fúnebre para el hombre que es conducido a su última morada en Tofet! Una hilera de carruajes para honrar al hombre a quien Dios maldijo en vida y maldijo en muerte, porque la esperanza del hipócrita es siempre maldita.

Y suena una campana y el clérigo lee el funeral y entierra al hombre “en una esperanza segura y cierta”. ¡Oh, qué risa resuena desde algún lugar un poco más abajo que la tumba! “En esperanza segura y cierta”, dice Satanás, “¡Ja! ¡Ja! Su esperanza segura y cierta es una locura, de hecho. Confía en una burbuja y espera volar a las estrellas, confía en los vientos salvajes, que te llevarán a salvo al cielo, pero confía en una esperanza como esa y serás un verdadero loco”.

Oh, si juzgamos correctamente, cuando un hipócrita muere, no debemos honrarlo. Si los hombres pudieran ver un poco más profundo que la piel y leer los pensamientos del corazón, no patrocinarían esta gran mentira negra, ni conducirían una larga fila de carruajes por las calles. Dirían: “No, el hombre no servía para nada. Él era la piel exterior sin la vida. Pretendió ser lo que no era, vivió la vida desdeñosa de un engañador. Que tenga el entierro de Jeconías. Que no tenga un funeral en absoluto. Que sea arrojado como carroña repugnante, porque eso es todo lo que es”.

Ah, cuando muere un hombre piadoso, puedes lamentarte por él, bien puedes llevarlo con pompa solemne a su tumba, porque hay un olor en sus huesos, hay un olor grato en él que incluso Dios se deleita, porque “preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos”. Pero con el hipócrita dorado, el engañador barnizado, el lobo bien vestido con piel de oveja, ¡ninguna pompa para él! ¿Por qué los hombres deberían lamentarlo? No lo hacen, ¿por qué

deberían pretender hacerlo, entonces y dar la apariencia externa de un dolor, donde no sienten nada?

Pero posiblemente pude haber visto al malvado enterrado de una manera más tranquila. Es llevado tranquilamente a su tumba con la menor pompa posible y es enterrado con toda decencia y solemnidad en la tumba. Y ahora escucha al ministro, si es un hombre de Dios, cuando entierra a un hombre como debe ser enterrado, no se escucha ni una sola palabra sobre el carácter del difunto. No escuchas nada en absoluto acerca de ninguna esperanza de vida eterna. Él es puesto en su tumba. El ministro recuerda bien cómo "frecuentaba el lugar santo", recuerda muy bien cómo solía sentarse en la galería y escuchar su discurso. Y hay uno que llora, y el ministro se queda allí y llora también, al pensar cómo se ha perdido todo su trabajo. Uno de sus oyentes ha sido destruido, y eso sin esperanza.

Pero fíjate con qué cautela habla, incluso a la esposa. Él le daría toda la esperanza que pudiera, pobre viuda como es, y habla muy dulcemente. Ella dice: "Espero que mi esposo esté en el cielo". Se muerde la lengua, es muy silencioso. Si es de naturaleza comprensiva, estará callado. Y cuando habla del difunto en su sermón del próximo domingo, si es que lo menciona, se refiere a él como un caso dudoso, lo usa más como un faro que como un ejemplo. Les pide a otros hombres que se cuiden de cómo se atreven a desperdiciar sus oportunidades y dejan pasar las horas doradas de su día de reposo. "He visto sepultar a los impíos que han frecuentado el lugar santo".

En cuanto al pomposo funeral, eso fue ridículo. Un hombre casi podría reírse al ver la locura de honrar al hombre que merecía ser deshonrado, pero en cuanto al funeral quieto, silencioso y veraz, ¡qué triste es! Pero hermanos, después de todo, debemos juzgarnos mucho a nosotros mismos a la luz de nuestros funerales. Esa es la forma en que juzgamos otras cosas. Mira tus campos mañana. Allí está la amapola que hace alarde y allí, junto a los setos, hay muchas flores que levantan la cabeza al sol, a juzgar por su hoja, es posible que los prefieras al trigo de color sobrio, pero espera hasta el funeral. Entonces se recogerá la amapola y se atará la cizaña en un manojo para quemarla, juntarla en un montón en el campo para consumirla y convertirla en abono para la tierra.

Pero mira el funeral del trigo. Qué magnífico funeral tiene la gavilla de trigo. "Cosecha a casa" se grita mientras se lleva al granero, porque es algo precioso. Así también viva cada uno de nosotros, como considerando que debemos morir. Oh, desearía vivir para que cuando deje este estado mortal, los hombres puedan decir: "Se ha ido uno que buscaba mejorar el mundo. Por duros que hayan sido sus esfuerzos, era un hombre honesto. Procuró servir a Dios y allí yace el que no temía la faz del hombre". Quisiera que todo cristiano buscara obtener un funeral como este, un funeral como el de Esteban, "Y hombres piadosos lo llevaron a su sepulcro e hicieron gran lamentación sobre él". Recuerdo el funeral de un pastor al que asistí, muchos

ministros del Evangelio caminaron detrás del féretro para asistir a su Hermano y rendirle homenaje, y luego vino una tonelada de la Iglesia, todos los cuales lloraban como si hubieran perdido a un padre. Y recuerdo el sermón solemne que se predicó en la Capilla toda pintada de negro, cuando todos lloramos porque un gran hombre había caído ese día en Israel. Sentimos que nos habían quitado un príncipe y todos dijimos, como el siervo de Elías: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!

Pero he visto a los impíos enterrados que han ido y venido del lugar del santuario y no vi nada de este tipo. Vi una especie de pena parpadeante, como la muerte de una mecha que está casi consumida. Vi que los que honraron decentemente el cadáver lo hicieron por la viuda y por los que quedaron atrás, pero si hubieran podido tratar con el cadáver como su naturaleza parecía dictar, si hubiesen tratado con el hombre como cuando vivía, habrían dicho: "Que sea enterrado en la oscuridad de la noche. Que se quede en algún rincón impío del cementerio donde ha crecido la ortiga".

"Que la rana croe sobre su tumba. Deja que la lechuza haga su lugar de descanso sobre su sepulcro y déjala ulular toda la noche, porque él bien merece ulular. No dejes que laurel ni ciprés crezcan sobre su tumba, y que ninguna rosa se enrede como una dulce enramada alrededor del lugar donde duerme. Que ninguna primula y ningún lirio de los valles cubran la hierba que lo cubre. Ahí déjalo yacer. Que no crezca la hierba verde, sino que sea maldito el lugar donde duerme el hipócrita, porque lo merece, y así sea". "He visto sepultar a los impíos que han frecuentado el lugar santo".

Pero hay algo triste por venir. Debemos mirar un poco más profundo que el mero ceremonial del entierro y veremos que hay mucho más en los ataúdes de algunas personas además de sus cadáveres. Cuando el viejo Robert Flockart fue enterrado hace unas semanas en Edimburgo, fue enterrado como creo que debe ser un ministro cristiano. Su vieja Biblia y su libro de himnos fueron colocados encima del ataúd. Si hubiera sido un soldado, supongo que le habrían puesto la espada allí, pero él había sido un soldado cristiano y por eso enterraron con él su Biblia y su libro de himnos como sus trofeos.

Era bueno que tal trofeo estuviera en ese ataúd. Pero hay mucho, como he dicho, dentro de los ataúdes de algunas personas. Si tuviéramos ojos para ver cosas invisibles y pudiéramos romper la tapa del ataúd del hipócrita, veríamos mucho allí. Allí yacen todas sus esperanzas. El impío puede ir y venir del lugar del santo, pero no tiene esperanza de ser salvo. Pensó que, debido a que había asistido regularmente al lugar del santo, por lo tanto, estaba a salvo para el otro mundo. Allí yacen sus esperanzas y serán enterradas con él. De todas las cosas espantosas que un hombre puede contemplar, el rostro de una esperanza muerta es la más horrible.

Un niño muerto es una verdadera punzada para el corazón de una madre. Una esposa muerta o un esposo muerto, para el corazón de los afligidos debe ser verdaderamente doloroso, pero un ataúd lleno de esperanzas muertas, ¿has visto alguna vez llevar a la tumba tal carga de miseria? Envueltos en el mismo sudario, yacen todas sus pretensiones muertas. Cuando estaba aquí, pretendía ser respetable. Ahí está su respeto, será burla y oprobio para siempre. Hizo la pretensión de ser santo, pero ahora se quitó la máscara y se encuentra en toda su negrura nativa. Hizo pretensiones de ser parte de los elegidos de Dios, pero ahora se descubre que su elección es un rechazo. Pensó que estaba revestido de la justicia del Salvador, pero descubre que se justificó a sí mismo, Cristo nunca le había imputado Su justicia.

Ese ojo hipócrita que una vez brilló con el fuego fingido de la alegría, ahora está todo oscuro, en tinieblas. Ese cerebro que pensó en inventos para engañar, el gusano se alimentará de él. Y ese corazón suyo que antes latía bajo unas costillas, apenas lo bastante gruesas para ocultar la transparencia de su hipocresía, ahora será devorado por los demonios. Hay pretensiones muertas dentro de ese esqueleto podrido, y también esperanzas muertas. Pero hay una cosa que duerme con él en su ataúd en la que había puesto su corazón, había puesto su corazón en ser conocido después de que se hubiera ido. Pensó que seguramente después de haber partido de esta vida, pasaría a la posteridad y sería recordado.

Ahora lea el texto: "fueron luego puestos en olvido en la ciudad donde habían actuado con rectitud". Ahí está su esperanza de fama. A todo hombre le gusta vivir un poco más de su vida, especialmente los ingleses, porque apenas se encuentra una roca en toda Inglaterra por la que ni siquiera una cabra pueda escalar donde no se pueden descubrir las iniciales de los nombres de los hombres, que nunca tuvieron otro modo de alcanzar la fama, y por lo tanto pensaron que inscribirían sus nombres allí. Donde quiera que vaya, encontrará hombres que intentan ser conocidos, y esta es la razón por la que mucha gente escribe en los periódicos, de lo contrario nunca se conocería.

Cien pequeños inventos que todos tenemos para mantener nuestros nombres después de muertos, pero con el impío todo es en vano, será olvidado. No ha hecho nada para que nadie lo recuerde. Pregunta a los pobres; "¿Recuerdas a Fulano de Tal?" "Muy duro maestro, señor. Siempre nos reducía hasta los últimos seis peniques y no queremos recordarlo". Sus hijos no escucharán su nombre, lo olvidarán por completo. Pregúntale a la Iglesia: "¿Te acuerdas de Fulano de Tal? Él era un miembro. "Bueno", dice uno, "lo recuerdo ciertamente, su nombre estaba en los libros, pero nunca tuvimos su corazón. Solía ir y venir, pero nunca pude hablar con él".

“No había nada espiritual en él. Había una gran cantidad de campanas que resonaban, metal y bronce, pero nada de oro. Nunca pude descubrir que él tenía la 'raíz del asunto en él'. Nadie piensa en él y pronto será olvidado”. La Capilla envejece, surge otra congregación y de alguna manera hablan de los diáconos que había allí, que eran hombres buenos y santos. Hablan de la anciana que era tan eminentemente útil para visitar a los enfermos, del joven que surgió de esa Iglesia, que era tan útil en la causa de Dios, pero nunca escuchas que se mencione su nombre, está bastante olvidado. Cuando murió, su nombre fue borrado de los libros, se informó que estaba muerto y todo recuerdo de él murió con él. A menudo he notado cuán pronto mueren las cosas malas, cuando muere el hombre que las originó.

Mira la filosofía de Voltaire. Con todo el ruido que hizo en su tiempo, ¿dónde está ahora? Solo queda un poco, pero parece haberse ido. Y estaba Tom Paine, quien hizo todo lo posible para escribir su nombre en letras de condenación. Uno pensaría que podría haber sido recordado, pero, ¿quién se preocupa por él ahora? Excepto entre unos pocos, aquí y allá, su nombre ha fallecido. Y todos los nombres de error, herejía y cisma, ¿adónde van? Escuchas sobre St. Austin hasta el día de hoy, pero nunca escuchas sobre los herejes a los que atacó.

Todo el mundo sabe acerca de Atanasio y cómo defendió la divinidad del Señor Jesucristo, pero casi hemos olvidado la vida de Arrio, y casi nunca pensamos en aquellos hombres que lo ayudaron e instigaron en su locura. Los hombres malos mueren rápidamente, porque el mundo siente que es bueno deshacerse de ellos, no vale la pena recordarlos. Pero la muerte de un buen hombre, el hombre que era sinceramente cristiano, ¡qué diferente es eso! Y cuando ves el cuerpo de un santo, si ha servido a Dios con todas sus fuerzas, ¡qué dulce es mirarlo, ah, y mirar su ataúd también, o su tumba en años posteriores!

Vaya a los campos de Bunhill y párese junto al monumento a John Bunyan y dirá: “Ah, allí yace la cabeza que contenía el cerebro que pensó ese sueño maravilloso del Progreso del Peregrino, de la Ciudad de la Destrucción a la Tierra Mejor. Allí yace el dedo que escribió esas maravillosas líneas, que describen la historia de aquel que llegó por fin a la tierra de Beula, y vadeó a través de la inundación, y entró en la Ciudad Celestial”.

Y están los párpados de los que habló una vez, cuando dijo: “Si estoy en la cárcel hasta que me crezca musgo en los párpados, nunca haré la promesa de abstenerme de predicar”.

Y está ese ojo audaz que penetró al juez, cuando dijo: “Si me sacan de la cárcel hoy, predicaré de nuevo mañana, con la ayuda de Dios”. Y allí yace esa mano amorosa, que siempre estuvo lista para recibir en comunión, a todos los que amaban al Señor Jesucristo. Me encanta la mano que escribió el libro, “El bautismo en agua no impide la comunión cristiana”. Lo amo solo por eso, y si no hubiera escrito nada más que eso, diría: “John Bunyan, sea honrado para siempre”. Y allí yace el pie que lo llevó a Snow Hill para ir a hacer las paces entre un padre y un hijo, en ese día frío, que le costó la vida. Paz a sus cenizas.

Espera, oh John Bunyan, hasta que tu Maestro envíe Su ángel a tocar la trompeta, y me parece que, cuando el arcángel la toque, casi pensará en ti, y esto será parte de Su alegría, ese honesto John Bunyan, el más grande de todos los ingleses, se levantará de su tumba al sonido de esa gran trompeta. No puedes decir eso de los malvados. ¿Qué es el cuerpo de un hombre malvado sino un pedazo podrido de maldad? Guárdalo y gracias a Dios que hay gusanos para comer algo así. Y agradézcale aún más que hay un gusano llamado Tiempo, para devorar la mala influencia y la memoria maldita que tal hombre deja tras de sí. Todo esto lo he visto y aplicado mi corazón a toda obra que se hace.

3. Debemos ESCRIBIR SU EPITAFIO, y su epitafio está contenido en estas breves palabras, "Esto también es vanidad". Y ahora, en pocas palabras, me esforzaré por mostrar que es vanidad para un hombre, ir y venir de la Casa de Dios y, sin embargo, no tener una religión verdadera. Si me decidiera a odiar a Dios, a pecar contra Él y finalmente perderme, lo haría completamente, por completo. Si hubiera decidido ser condenado y hubiera calculado las posibilidades, y decidido que sería mejor ser desechado para siempre, sé que hay una cosa que no haría, no iría a la Casa de Dios. ¿Por qué, si me propuse perderme, de qué me sirve ir allí a llorar por ello?

Si el predicador es fiel me agujoneará la conciencia y me despertará. Si estoy decidido y decidido a perderme, déjame ir al infierno tan fácilmente como pueda, ¿qué necesidad hay de que mi conciencia sea removida, y esta gran piedra sea puesta en mi camino para que no vaya allá? Además, sostengo que para un hombre que no tiene amor por la Casa de Dios, asistir regularmente porque piensa que es respetable, es solo uno de los tipos de trabajo más lamentables que se pueden encontrar. Si no amara la Casa de Dios, no iría allí.

Si no fuera un deleite para mí ser encontrado en el santuario de Dios, cantando Su alabanza y escuchando Su Palabra, me detendría. Ser visto yendo dos veces a la Capilla en día de reposo, sentado como se sienta el pueblo de Dios, levantándose cuando ellos se levantan y cantando lo que no sientes, escuchando lo que te remueve la conciencia y escuchando la lectura de promesas que no te pertenecen, oír hablar del Cielo, que no es tuyo, estar asustado con el Infierno, que será tuyo para siempre, pues, el hombre es simplemente un necio nato que va a la Casa de Dios, a menos que tenga un interés en ella.

Podemos felicitarlo por ir. Quizá sea algo respetable y justo que así sea, pero afirmo que es un trabajo intolerable ir siempre a la Casa de Dios, si has decidido perderte. Ahora, en la tumba de este hombre debe escribirse por fin, "Hubo un hombre que no quiso servir a Dios, pero que no tuvo el valor suficiente para enfrentarse a Dios. Hay un hombre tan necio que fingió ser religioso y tan malvado que fue un hipócrita a sus pretensiones".

Vamos, aunque debes rechazar la maldad de un hombre malvado como un crimen atroz, se debe rendir cierto respeto al hombre que es francamente honesto en él. Pero ni un átomo de respeto al hombre que quiere ser un pedante e hipócrita. Desea, si puede, salvar su cuello por fin, tal como piensa hacer lo suficiente para dejarlo libre cuando llegue a morir, lo suficiente para mantener su conciencia tranquila, lo suficiente para parecer respetable. Suficiente, como él piensa, que cuando muera se le dará una pequeña oportunidad de entrar en el Cielo, aunque sea, por así decirlo, cuello o nada. ¡Ay, pobrecito! Bien podemos escribir sobre él: "¡También esto es vanidad!" Pero, señor, se reirán más de usted por sus pretensiones que si no las hubiera hecho. Habiendo profesado ser religioso, y habiendo pretendido llevarlo a cabo, tendrás más desprecio que si hubieras salido con tus colores correctos y hubieras dicho: "¿Quién es el Señor, para que yo le tema? ¿Quién es Jehová, para que yo obedezca su voz?"

Y ahora, ¿hay alguno aquí que sea tan malvado como para elegir la ira eterna? ¿He aquí alguno tan necio como para elegir la destrucción? Sí, sí, muchos, porque si hoy, querido lector, eliges el pecado, si tú estás eligiendo la justicia propia, si estás eligiendo el orgullo, la lujuria o los placeres de este mundo, recuerda que estás eligiendo la condenación, porque las dos cosas van juntas. El pecado es la culpa y el Infierno es el pan debajo de ella. Si eliges el pecado, prácticamente has elegido la perdición. Piensa en esto, te lo ruego:

***"¡Oh Señor! ¡Vuélvete el pecador!
Ahora levántalo de su estado de insensatez.
Oh, que no desprecie Tu consejo,
ni se lamente demasiado tarde de su elección fata".***

¡Que el Señor os conduzca a Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida! Y cuando seas sepultado, que seas sepultado con los justos, ¡y que tu último fin sea como el Suyo!